

PJK 15: Retorno del PJK a Schoenstatt y su Partida al Schoenstatt Eterno.

LA LIBERACIÓN: “Que la Mater me libere”

Al final, el Padre fundador, como siempre, entrega a la Mater todo lo que sucede y anuncia: “estoy seguro que voy a volver de mi destierro, porque nada de lo que yo he hecho ha sido por mí, sino exclusivamente por el honor de la Santísima Virgen. A mí no me interesa reivindicar mi honor; lo que me interesa es el honor de Ella. Por eso estoy seguro de que ella me va a liberar”.

Durante el Concilio -aprovechando la presencia simultánea de todos los Obispos de Roma- se hicieron muchas gestiones diplomáticas para acelerar la liberación del P. Kentenich. Intervinieron varios Obispos de América Latina y, de manera especial, el Cardenal Raúl Silva Enríquez, de Chile. Entre otras cosas, él formó parte del grupo de cuatro cardenales que pidieron oficialmente al Papa la revisión del caso del P. Kentenich. Los Obispos chilenos habían tomado, entre tanto, mucho contacto con Schoenstatt y, ese contacto, unido a los esfuerzos de muchas otras personas, ayudó a facilitar las cosas en Roma.

Cuando el P. Kentenich se da cuenta que todas estas gestiones progresan y de que se acerca su liberación -a mediados de 1965 le han afirmado, como cosa muy probable, que hacia el término de ese mismo año, él será ya liberado- se vuelve a la Mater, en primer lugar y le pide: “Mater, yo no quiero que me liberen los hombres; yo no quiero que aparezca que salgo libre, en primer lugar, gracias a la habilidad diplomática de quienes luchan por mí; yo quiero que muestres que eres tú quien me libera y, para eso, te pido que mi liberación se realice de tal manera que quede clarísimo que ello ha sido una intervención tuya, que fuiste tú la que te glorificaste”.

El lunes 13 de septiembre, como a las 5 de la tarde, llaman al Padre fundador por teléfono. Se trata de un telegrama. -En Estados Unidos como en Europa, transmiten los telegramas recibidos por teléfono-. La telefonista pregunta: “¿Con el P. Jose Kentenich?” -“Sí”. "Hay un telegrama para usted que dice así: 'Venga inmediatamente a Roma', firmado: P. Burgraf". Era el Secretario del Padre general. “Muy bien”, contestó el Padre. Después de haber pedido que le volvieran a repetir el texto, colgó y pensó simplemente que las cosas por fin resultaron. Inmediatamente -para obedecer al tenor de la orden- empezó a preparar sus maletas.

En las Hermanas de Milwaukee y la Familia schoenstattiana, reinaba una alegría desbordante pero que, a la vez, iba acompañada de pena porque el Padre fundador, después de pasar 14 años junto a ellos, se iba.. Llega a Roma a la Casa Generalicia de los palotinos y, cuando aparece en la puerta, el Secretario del Padre general se asombra enormemente al verlo. Le pregunta: "¿Y usted, qué hace aquí?". “El Padre general me mandó llamar —responde el P. Kentenich— y usted mismo me envió un telegrama”. Y para su sorpresa y de todos, el Secretario replica: “Yo no he mandado ningún telegrama”. Inmediatamente le avisa al Padre general, en Suiza, la llegada del P. Kentenich. El Padre general no puede creer lo que oye; vuelve de inmediato a Roma y se encuentra con el P. Kentenich quien insiste: “Estoy aquí porque ustedes me mandaron llamar. Recibí un telegrama”. Al principio no se le cree; se piensa que es un engaño, y se le acusa ante el Santo Oficio de haber obedecido y haber inventado un telegrama inexistente, para tener un pretexto para llegar a Roma. Además, se solicita que se le ordene volver enseguida a su lugar de destierro.

Toda la discusión se centra en el famoso telegrama. Se afirma, primero, que es mentira; después, que la misma Familia o que las Hermanas Marianas lo mandaron. A ello contestan los schoenstattianos: “¡Imposible!. Después de un trabajo de años para conseguir la liberación del Padre fundador y, justamente en estos momentos en que el asunto va tan bien, no se nos ocurriría jamás inventar un telegrama así que arriesgaría echar todo a perder. En todo caso, si alguien inventó el telegrama, sería más probable que lo hubieran hecho los enemigos del P. Kentenich, que son quienes desean crear complicaciones para impedir su liberación”...

Así comienza la discusión. La Familia contrata abogados y éstos hacen una investigación a fondo en las oficinas de los telégrafos, tanto de Roma como de Milwaukee, pero sin ningún resultado. Fue absolutamente imposible encontrar pistas del telegrama; saber de dónde había salido, quien lo

había transmitido o ubicar al telefonista que llamó al P. Kentenich. Eso sí, quedó en claro que tanto de parte del P. Kentenich como de la Familia no había habido ninguna intervención. Era algo simplemente inexplicable. El P. Kentenich comenzó a sonreír y dio a conocer el convencimiento interior que se había ido formando en él en esos días: “Estoy totalmente seguro, dijo, que el telegrama fue obra de la Mater. No sé como pasó; humanamente no hay explicación, pero justamente por eso, creo que la Mater intervino de algún modo, accediendo así a algo que hace mucho tiempo le venía pidiendo: que me liberara de tal manera que quedara absolutamente claro que mi liberación no era, en primer lugar, obra de los hombres sino de ella”.

Y el telegrama permaneció como un misterio sin explicación. Pero, gracias a él, el P. Kentenich se quedó en Roma y ello aceleró grandemente su proceso de liberación, si bien todavía quedaba una buena etapa de dificultades por delante. El Padre fundador llegó a Roma el 17 de septiembre y una semana después, el Santo Oficio decide que debe volver a su destierro de Milwaukee. Todo lo que se había progresado parece sufrir un gran retroceso por culpa de este viaje a Roma, que comenzara con tanto optimismo. Esta noticia causa un decaimiento total en la Familia. El horizonte se ve muy negro y parecen perdidas todas las esperanzas. Sólo al P. Kentenich se ve feliz y contento, sonriendo, como si no hubiera pasado nada.

Las Hermanas y los demás representantes de la Familia comienzan a moverse como hormigas. Descubren que el Cardenal Bea debe tener una conversación final con el P. Kentenich antes de que vuelva a Milwaukee. Le piden audiencia y le preguntan si no podría hacer algo para que se quede en Roma, aunque sea dos meses más. Se piensa que, una vez que se reúna el Concilio, con los Obispos y Cardenales amigos, será más fácil impedir que lo manden de regreso a Milwaukee. El Cardenal Bea ofrece una salida: aconseja que el P. Kentenich -en la conversación que tendrá con él- diga que él, un hombre de 80 años, ya no está en condiciones de volver a realizar tan pronto el cansador viaje de regreso. Para ese viaje, él tendría que vacunarse para poder entrar en Estados Unidos. El P. Menningen, al ir a buscarlo a Milwaukee, había tenido que hacerlo y ello le había causado fiebre y se había sentido muy mal, siendo que era bastante más joven que el P. Kentenich. Esa sería una buena disculpa como para concederle un descanso de unos dos meses, antes de enviarlo de vuelta. ¡De acuerdo! Las Hermanas informan al Padre fundador y él les contesta: ¡Muchas gracias!

Al día siguiente es la entrevista. El Cardenal Bea pregunta a las Hermanas si ya hablaron con el P. Kentenich. Ellas responden que ya está al tanto del acuerdo. El Cardenal, entonces, se encuentra con él y le comunica lo que el Santo Oficio ha decidido en relación a su vuelta a Milwaukee, pero termina diciéndole: “Bueno, Padre, no sé si usted está demasiado cansado para volver a emprender de inmediato ese viaje; además tiene que vacunarse. Quizás por su salud convendría que se quede aquí un tiempo más”. Y, para su gran sorpresa, el P. Kentenich le responde: “No, de ninguna manera; me siento extraordinariamente bien y podría hacer el viaje ahora mismo. Estoy en perfectas condiciones”. Con la misma actitud del 20 de Enero de 1942, no quiso aceptar una salida “humana” y vuelve a rechazar la posibilidad de salvarse argumentando con su mala salud.

Lo que pasaba era que el Padre fundador estaba seguro de estar viviendo una hora de gracias, en la que la Mater se iba a glorificar. No sabía cómo, pero tenía la certeza de que ella se glorificaría. Por eso él no quería interferir en sus planes con “arreglines” de prudencia humana.

Pasó un mes y todavía no le llegaba la orden de partir a Milwaukee. El 20 de octubre, inexplicablemente, sin conocerse cómo, el Santo Oficio revocó su decisión anterior: que el P. Kentenich no vuelva a Milwaukee, sino que se quede en Roma. Pero, además -y esto fue lo más sorprendente de todo- se anuncia que se levantan todas las acusaciones pendientes en su contra. Nadie supo cómo pasó todo esto. Los mecanismos que hicieron cambiar tan de golpe la determinación de los miembros del Santo Oficio permanecieron un misterio. El Santo Padre, Paulo VI, confirmó esta determinación, dos días más tarde, el 22 de octubre. La Mater había cumplido: ¡El Padre ya está libre! Sin embargo, no se le permite todavía volver a Alemania. El Santo Oficio piensa que, primero, las cosas tienen que calmarse un poco, pues la situación entre los Pallottinos no es muy clara. Además, hay que preparar el ánimo a los obispos alemanes. Por eso, no se sabe cuándo podrá volver. Por diversas gestiones se consigue una entrevista del P. Kentenich con el Papa para el 22 de diciembre. A

esa entrevista, el P. Kentenich llevó un cáliz de regalo al Santo Padre. Fue una entrevista breve, pero muy bonita. No pasó nada especial en ella, pero el mismo hecho equivalía ya como a una rehabilitación simbólica. Se sabe que, al día siguiente, el Papa tiene una reunión importante con algunos Cardenales y, que allí se podrá lograr algo. Todos esperaban ansiosos.

En la tarde del 23 de diciembre, avisan al Padre fundador que tiene permiso para ir a Alemania y que, si quiere, puede partir de inmediato. Al día siguiente toman el primer avión posible y llegan a Schoenstatt justo en la Noche Buena; son entre las 6 y 7 de la tarde, cuando allá ya es de noche, por causa del invierno. El Santuario está adornado con todas sus galas para Navidad. El Milagro de Nochebuena se ha vuelto a realizar, pero esta vez no ha sido en forma solamente simbólica, sino con precisión cronológica.

Era una última fineza de la Mater para mostrarnos que era ella quien había estado detrás de todo y que había aceptado la entrega de la Familia por el Padre fundador.

El Padre de vuelta en su Casa

Los tres años que el Padre fundador vivió todavía en la tierra fueron años lindísimos, que significaron una profunda renovación interior, casi una refundación para la Familia.

El encuentro con el Padre fundador fue una experiencia extraordinaria para todos. A las Hermanas Marianas que son dos mil en Alemania, les dedicó un tiempo enorme. Las recibió una por una. Así estuvo tres años, retomando los contactos personales con cada uno de los hijos e hijas de su Familia. Alguien, comentando lo que fue ese tiempo, me decía: “Conversando con el Padre fundador, comprendí cómo se las arregla Dios con nosotros. Mi problema había sido siempre éste: ¿cómo va a ser posible que Dios, que maneja todo el universo, pueda preocuparse personalmente de cada uno de nosotros? Pero, frente al Padre fundador, me di cuenta que, a pesar de que él tenía a todo Schoenstatt en su cabeza, a pesar de que tenía presentes a todos sus hijos y a todos sus problemas, sin embargo, se dedicaba a mí como si yo fuera la única persona que existía para él en ese momento”.

Esta fue una experiencia general. Cada uno sentía, al estar con el Padre fundador, que era su hijo más querido; que él tomaba los problemas de uno como si fueran suyos, que se interesaba tan sinceramente por lo que uno le decía que, generalmente, después de haberle contado sus problemas, terminaba agradeciéndole él a uno, dándole gracias a uno por la confianza que le había tenido, por haberle dado la oportunidad de admirar la presencia amorosa de Dios en la historia personal de cada uno. En estos años finales de su vida, el Padre fundador aparecía como una persona que irradiaba a Dios y que descubría, en todo cuanto le rodeaba, la presencia de Dios, siempre enalteciendo y levantando a los demás.

Fueron tres años muy lindos, que nosotros, acá en América Latina, también esperábamos compartir más de cerca. Pero la Mater se lo llevó justo cuando él estaba planeando ya su viaje hacia nuestro continente y a los demás lugares del mundo donde había hijos e hijas que le esperaban.

El tenía 83 años, pero había conservado toda su juventud de espíritu y su fuerza. Al llegar a Alemania había advertido: “No crean que vengo convertido en un abuelo”. Y mostró, a través de muchos hechos, que seguía siendo el “Padre fuerte”. Con sus 83 años era capaz de dar charlas de dos horas, hablando de pie.

La Muerte del PJK: su partida al Sch Eterno

La Mater se lo llevó después de haber celebrado Misa, por primera vez, en la Iglesia de la Adoración; la Iglesia consagrada a la Santísima Trinidad, que se levanta sobre el monte de Schoenstatt y cuya construcción había sido prometida a la Mater en 1946, como prenda de la protección de Schoenstatt durante la guerra.

El Padre fundador celebró su primera Misa allí, el 15 de septiembre de 1968, en la fiesta de Nuestra Señora de los siete dolores, dolores que él había compartido muy íntimamente a lo largo de su vida ya que todos sus sufrimientos habían sido únicamente por ella, por la misión de María frente a la Iglesia y al mundo del futuro. Por la Mater, el Padre fundador había sufrido calumnias del mismo tipo

que sufrió Ella. Como ella, gustó también las amarguras del destierro. La Mater se lo llevó al terminar la Misa, cuando se acababa de quitar los ornamentos en la sacristía. Murió a causa de un ataque al corazón, en forma casi instantánea y en medio de una paz extraordinaria.

Esta fue su historia. Tal vez podría decirse que con su muerte comienza todavía una séptima etapa en el crecimiento de su paternidad: *la etapa de la paternidad eternizada*. Es algo que ha sentido toda la Familia; que desde que el Padre fundador murió, lejos de haberse hecho más distante, su persona se ha vuelto mucho más cercana. La intimidad con él ha crecido, a pesar de estar él en el cielo; y la Familia siente cada vez más que recibe gracias especiales en la medida que se une a él; que él sigue siendo fuente de gracias desde el cielo; que los destinos de todos sus hijos están atados al de él, también después de su muerte; y que el Padre fundador quiere devolver, desde el cielo, con amor y fidelidad, toda la fidelidad que la Familia le ha tenido. El bendice al que se le entrega, al que le da su cariño de hijo. El bendice, en forma extraordinaria, porque ahora está más cerca de la Mater que nunca y le puede “tironear el manto” con mucho más fuerza y confianza, con mucho más fuerza y rapidez que lo que lo hacía cuando estaba aquí en la tierra.

Quien quiera buscarme y visitarme, me encuentra en todo momento en el corazón de Dios y de la Santísima Virgen. Todos los que se han inscrito en esos corazones están siempre junto a mí y en mí.

(Carta del Carmelo al P. Mühlbeyer, 21.10.4 1)

Por eso, pidamos a la Mater que nos dé esta gracia de un profundo contacto filial con él; pidámosle que nos permita sentir que Dios nos quiere en unidad de vida con él, que la vida del Padre fundador tiene que hacerse nuestra, para que podamos dar su espíritu a la Iglesia y al mundo del mañana y convertirnos en hombres forjadores de historia como él lo fue.

Anexo: ¿Cuál es el cuarto hito de la historia de Schoenstatt?

Está asociado a tres fechas: el 22 de octubre (el Santo Padre Pablo VI confirma del decreto del Santo Oficio, por el cual el P. Kentenich quedaba liberado), el 22 de diciembre (audiencia papal) y el "24 de diciembre de 1965". en que el Padre regresa a Schoenstatt, en la "victoriosidad divina", segundo milagro de la Nochebuena, después de pasar 14 años de exilio en Milwaukee.

Trabajo en Grupo:

- 1- ¿Qué les llamó más la atención de esta etapa de la Historia de Sch?**
- 2- ¿Has experimentado al PJK como papá?**
- 3- ¿Estás dispuesto a hacer un compromiso con el PJK en que asumas su misión y su cariño de Padre?**

Textos y Citas tomadas de:

“La Historia del PJK”. P. H. Alessandri. Ed. Patris.